

No hay viento en Oslo

“Mi querida”, le dijo el viajero a la muchacha, “la vida me ha tratado con dureza: emprendí un viaje al norte, en busca del famoso perro pigmeo de Alaska, pero nunca lo encontré; fui al sur, tras el rinoceronte verdiazul africano, el de la larga cola, y volví a fracasar. Inconsolable, me entregué a la lúgubre gloria de los grandes poemas, y aquí me ves ahora, en el rincón más ventoso de la ciudad del viento”. “Vaya a Oslo”, le dijo la muchacha, “no hay viento en Oslo”. —

Mark Strand

55

LETRAS LIBRES
ENERO 2013

La impureza del placer

No muy lejos de aquí había una fiesta, en la que un gordo comenzó a dar saltos. “Soy un gordo”, anunció, “y salto cada vez que se me da la gana. Oír el tintinear de las monedas que llevo en los bolsillos, junto con el elástico rebote de mi cuerpo, es un placer sublime”. “Ya veo”, dijo un invitado, “pero tanto rebote y tintineo ha de serle gravoso”. “Los gravámenes a mí no me preocupan”, dijo el gordo, pasándose las manos por su oronda figura. “Soy demasiado grande para eso.” “¿Y qué va a hacer al terminar la fiesta?”, preguntó el invitado. “Montado en mi corcel”, dijo el gordo en respuesta, “partiré a los confines del imperio, y pasaré revista a mis acciones; y, por supuesto que algo comeré. Yo siempre como algo”. —